DIOS Y EL HOMBRE

Necesidad de Dios para el hombre e imposibilidad de que éste se sustraiga a su presencia.

«La necesidad de Dios es innata a la naturaleza humana, y cuanto "más progresa ésta tanto más advierte, hasta llegar al tormento, hasta "llegar a cierta dramática experiencia, la necesidad de Dios. O tam-"bién aquella otra, que para entendernos, podíamos decir la tendencia "cósmica: quien estudia, quien busca, quien piensa no puede sus-"traerse a una objetiva omnipresencia de Dios, antigua verdad, que "el Libro Sagrado nos repite constantemente: «¿Dónde iré yo lejos "de tu espíritu (Oh, Señor), y adónde huiré yo de tu rostro?» (Salm., "138, 7). Imposible sustraerse a esta presencia, de la cual la materia, "la naturaleza es, para quien sabe comprenderlo, un libro de lectura "espiritual: «En El (es decir, en Dios, dice San Pablo) vivimos, nos "movemos y existimos» (Act., 17, 28). El Dios desconocido está "siempre allí; todo estudio de las cosas es como un contacto con "un velo tras el cual se advierte una infinita palpitante Presencia.»

PAULO VI: Audiencia general del miércoles 23 de julio de 1966 (texto en italiano en *L'Osservatore Romano* del 24 y texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.451 del 2 de agosto).

Fallo de un humanismo cerrado que prescinde de Dios.

«Un humanismo cerrado en sí mismo, que por una parte dirige "la mirada hacia los valores del espíritu, pero por otra prescinde de "Dios, únicamente puede producir éxitos aparentes.»

PAULO VI: Al Presidente de la República de Austria. El humanismo Cristiano, gran necesidad del hombre de hoy, traducción de *Ecclesia* número 1.577 del 29 de enero de 1792.

Fundación Speiro

Las ideologías y filosofías humanas del hombre moderno, frente al camino de verdad y vida de la religión de Cristo.

«El hecho religioso, quiérase o no, en un sentido positivo o ne-"gativo, influye sobre la historia presente del mundo; se manifiesta "en ideologías que se convierten en corrientes sociales, en métodos "pedagógicos, en dramas políticos. El hombre moderno, acaso sin "que él se dé cuenta de ello, se orienta con arreglo a categorías de "pensamiento, las cuales no pueden prescindir de la referencia al "polo extremo de las filosofías humanas y de las valoraciones mo-"rales, cuyo polo es siempre la religión; la religión carente de sentido, "o mito, o «gemido hacia el Dios desconocido», o bien la religión "camino, verdad y vida, que es la de Cristo, luz, fuerza y gozo del "Espíritu Santo, del que la Iglesia es la humilde, pero refulgente, "lámpara y el reducido, pero siempre abierto, santuario.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 2 de junio de 1971; traducción de *Ecclesia* núm. 1.546 del 19 de junio.

El hombre moderno dominado por las observaciones e intereses inmediatos y con su horizonte conceptual restringido ante la grandeza inmensa del universo, obra del Creador.

«Nosotros, hombres modernos, estamos tan dominados por ob-"servaciones y por intereses inmediatos que acostumbramos a restrin-"gir en la práctica nuestro horizonte conceptual dentro de una zona "mínima y cerrada. En efecto, no pretendemos aventurarnos en una "disertación sobre el espacio, sobre el cielo, sobre el cosmos. Decimos "solamente que la empresa extraordinariamente audaz, impuesta hoy "a la atención de todos, nos obliga a mirar a lo alto, más allá del "campo terrestre, a recordarnos de la inmensa y misteriosa realidad, "en la que se desarrolla nuestra pequeña vida. Los antiguos miraban "al cielo más que nosotros, fantaseaban, forjaban mitos inconsisten-"tes y teorías falaces, atribuían al cuadro astronómico una gran im-"portancia efectiva; no conocían las leyes físicas y matemáticas de la "ciencia moderna, pero pensaban más que nosotros en la existencia "del Universo. Una lección de astronomía de una mente creadora, de "una potencia secreta y superior ... Es decir: ha sido creado.

"He aquí una pequeña, pero siempre grande lección de catecismo, "la cual ilumina nuestra difícil meditación sobre el cosmos. Escuchad, "como una voz profunda que surge de los abismos de los espacios

Fundación Speiro

"y de los siglos: «En principio creó Dios al Cielo y la Tierra» (Gén., "1, 1). Observad el panorama del cielo y del mundo; medid, si po- "déis, la amplitud; formaos un concepto de la densidad de lo real, "de lo verdadero, de lo escondido que está allí contenida; experimen- "tad un escalofrío de maravilla por la grandeza inmensa, que tene- "mos delante; afirmad la distinción irreducible entre Dios Creador "y el mundo creado, y al mismo tiempo reconoced, confesad, celebrad "la inseparable necesidad que une la creación a su Creador (¿cómo "podía ser un solo instante sin él?); y recordad esta otra estupenda "y repetida frase de la Biblia, siempre en el primer capítulo del "Génesis (vv. 12, 18, 21, 25 y 31); Dios vio que su obra era buena; "por esto era bella, era digna de ser reconocida por nosotros, poseída, "trabajada, gozada.

"Este descubrimiento nuevo del mundo creado es muy importante "para nuestra vida espiritual. Ver a Dios en el mundo, y al mundo "en Dios: ¿qué puede ser más extasiante? ¿No es esta la luz amiga "y estimulante que debe sostener la vigilia científica del estudioso? "¿No es así como huye el terror del vacío, que el tiempo desmesu- "rado y el espacio inmenso producen en torno al microcosmos, que "que somos nosotros? Nuestra insondable soledad, es decir, el misterio "de nuestros destinos, ¿no es de este modo colmada por una oleada "de bondad viva y de amor? ¿No surgen en nuestros labios las fa- "miliares, pero siempre extraordinarias palabras, que nos enseñó "Cristo: «Padre Nuestro, que estás en los cielos»?»

PAULO VI: Audiencia general del miércoles 16 de julio de 1969 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 17 y texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.450 del 26).

Ante la grandeza de los vuelos espaciales y la contemplación del cosmos convence de la existencia de Dios.

«Si realmente somos inteligentes, si de verdad no ceñimos nuestra "emocionada atención al aspecto físico de las cosas, a su marco cien- "tífico, sino que leemos dentro, en su secreto ultrafísico (es decir, "metafísico) y tratamos de comprender algo de lo que son, inmedia- "tamente veremos una verdad evidente: ellas no son causa de sí mis- "mas. Y entonces, ¿cómo existen? ¿Por qué son tan grandes? ¿Por "qué tan ordenadas, tan bellas, tan unidas? Una racionalidad cohe- "rente nos obliga a llegar a los umbrales de aquella suprema sabi- "duría que llamamos religión. Una revelación natural, hoy, en una "hora de triunfo científico, nos lleva de nuevo a la Fuente del todo,

Fundación Speiro

"al Uno necesario, al Principio creador, al Dios vivo. No dejemos "escapar, hijos queridísimos, una ocasión como ésta para sentirnos "nuevamente humildes, piadosos, buenos, religiosos y felices ante "signos tan evidentes, para quien quiere ver de la suma presencia "en nuestro mundo y en nuestra vida. Adoremos en silencio.»

PAULO VI: Alocución en la Audiencia del miércoles 21 de mayo (texto italiano de *L'Osservatore Romano* del 22 de mayo de 1969; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.442, sábado 31 de mayo de 1969).

El hombre en la sociología religiosa católica no es un simple número, ni un ciudadano sin rostro.

«A diferencia de lo que sucede con las doctrinas o las opiniones "sociológicas, de las que se ocupa con frecuencia hoy la pública con- "versación, el hombre, como unidad original, como persona, en la "sociología religiosa católica, en la Iglesia, no está reducido a un "simple número, a un ciudadano sin su rostro propio, a una entidad "abstracta, distinta de otra mediante la etiqueta de un hombre cual- "quiera, sino que conserva y hasta enriquece su inconfundible sin- "gularidad, su personalidad, su plenitud humana y sobrehumana.

". . . . . .

"El historiador Eusebio de Cesárea narra que el mártir de Alejan- "dría de Egipto, Leónidas, padre de Orígenes, al primero de sus siete "hijos, uno de los más insignes talentos que tuvo la humanidad, go- "zoso por la admirable precocidad de semejante hijo, y dando gracias "a Dios por habérselo concedido, mientras el niño dormía, se incli- "naba sobre él y le besaba el pecho, pensando que en él habitaba el "Espíritu Santo (Eusebio de C., «Historia Eccl.», 1. VI, c. II, 11). "Este es el secreto de la vida sobrenatural del cristiano: el ser mo- "rada, mejor dicho, el ser vitalizados por la Gracia, es decir, por la "acción del Espíritu Santo.

"Ahora bien, este hecho reviste la máxima importancia en nuestra "teología, es decir, en nuestro concepto de la verdadera relación que "Cristo ha instaurado con la humanidad. La doctrina de la justifi- "cación procede de este hecho. El Evangelio, San Pablo, San Agus- "tín, el Concilio de Trento, son sus fuentes inagotables.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 14 de junio de 1972 (O. R. de 15 de junio de 1972; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.598 del 1 de julio).

Fundación Speiro

La concepción antropocéntrica ciega y rebaja al hombre.

«Una concepción antropocéntrica rebaja y ciega al hombre mo-"derno; y arrastra en su espiral luminosa y vertiginosa incluso algu-"nas filas de la Iglesia peregrina, que, absorbidas totalmente por la "exaltación de la realidad humana, como autónoma, como origen y "fin de sí misma, pierden el sentido de la suprema y viviente Reali-"dad divina transcedente y presente; y con él pierden insensiblemente "el sentido de la fe, como verdad objetiva, el sentido de lo sagrado, "el sentido del drama real de la salvación.

"Vosotros conocéis estos abismos de vacío religioso, que la pre-"sunta seguridad de la mentalidad crítica actual produce sobre nues-"tro camino; conocéis la temible posibilidad de estas crisis, que "primeramente reducen, tratan de hacer vana después la palabra de "Dios, viviente en la enseñanza siempre fiel y siempre nueva de la "Iglesia católica. Por ello se hace mucho más oportuno, mucho más "realista, mucho más confortante este rito de oblación: él es una señal "de nuestra fe subjetiva coincidente con nuestra fe objetiva.»

PAULO VI: Alocución en la Fiesta de la Candelaria (2 de febrero de 1970; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 2 de marzo, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.480 del 21 de febrero).

Interrogantes sobre nuestro destino.

«Somos seres efímeros, frágiles, disolubles. Somos seres compues-"tos, vivos de alma y de cuerpo, dos elementos muy distintos y ma-"ravillosamente unidos, interdependientes, que forman una vida sola, "de la que el alma es el principio inmortal, es el «nosotros» misterio-"so para nosotros mismos y sólo conocido mediante la expresión y "la naturaleza de ciertos actos suyos, de los que el cuerpo nos da no-"ticia, y por los que el cuerpo es tan importante para nosotros; el "cuerpo es el reloj de nuestra existencia en el tiempo, la cual dura "justamente lo que el cuerpo, al que el alma, por un castigo here-"ditario, no consigue darle vida inmortal.

". . . . . .

"El alma tiene un destino independiente propio, la supervivencia: "¿cómo?, ¿dónde? Cuando el cuerpo cae, se corrompe y se convierte "en polvo, en cenizas. ¡Qué destino tan terrible! ¡Y, sin embargo, "hemos apreciado tanto, gozado y cuidado a este cuerpo mortal! ¿Y "el alma? ¿Cuál será su forma de vivir sin el instrumento corporal?

Fundación Speiro

"¿Y su destino? ¿Un destino fuera del tiempo, es decir, de las cosas "que pasan, un destino —nos enseña nuestra doctrina— fijado por "el jucio de Dios y cargado todavía de una aventura prodigiosa, la "aventura futura de la resurrección de la carne y de la vida eterna ..., "o de la condenación eterna? ¡Existen motivos de sentir escalofríos! "¿Pesadillas fantásticas? No, estamos en el campo del poder de "Dios, de aquel Dios que nos ha amado sin medida, pero, justa-"mente para hacer posible y gozoso el encuentro con su Amor, nos "ha dado el don de la libertad ...»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 7 de marzo de 1973 (O. R. de 8 de marzo de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.634 del 17 de marzo).

El hombre, negado Dios, queda cosificado.

«¿Existe el hombre? Tal pregunta, formulada por un testigo aten-"to al drama espiritual de nuestra época, ¿no es ampliamente re-"veladora de la confusión de muchos espíritus de hoy? «Si el hombre "—escribe oportunamente Maurice Zundel— se reduce exclusiva-"mente a determinismos fisicoquímicos, reflejados en los determinis-"mos psíquicos y en las complicaciones automáticas del yo fenome-"nal ..., su destino no plantea problema alguno ... Se trata de un fe-"nómeno cualquiera en un mundo al que es inútil buscarle un sentido ... "Se puede concebir, a lo sumo, un universo científico que funciona "automáticamente; en el que el hombre, desbordado por sus hallaz-"gos, no tendría puesto alguno. Un determinismo integral se orienta "en esta dirección. Tiende a hacer al hombre inútil, a colocarle fuera "de su ámbito como una máquina primitiva a la que se destina al "museo de antigüedades» (M. Zundel, L'homme existe-t-il?, París, "Ed. Ouvriers, 1967, pp. 155-156).

"Estas observaciones son graves y apuntan lejos. No podemos por "menos de censurar que ciertos teólogos —que de teólogos tienen "solamente el nombre— puedan disertar indefinidamente sobre la "muerte de Dios, o que los filósofos —que no son, ciertamente, "amigos de la sabiduría— proclamen la muerte del hombre.

"Después de siglos en los que ha parecido que Dios se consoli-"daba a costa del hombre, este último, desgraciadamente, ha creído, "en efecto, que no podía engrandecerse sino por la negación del "Creador, sin percatarse de que la espiral de sus negaciones lo lleva-"ba irresistiblemente, de la muerte de Dios a la muerte del hombre. "Este, al que se le reprochaba alienación en un ideal desencarnado,

Fundación Speiro

"se encuentra ahora como prendido en la trampa, hecho cautivo de "las cosas, confiscado, se podría decir; a fuerza de ser reducido a "dimensiones funcionales, hasta ser considerado solamente como un "ser «unidimensional» (Cfr., por ejemplo, H. Marcusse, L'homme "unidimensionnel, Paris, Ed. de Minuit, 1968).

"Existen homicidas espirituales; y, ¿quién podrá narrar los daños "llevados a cabo por tales pensamientos destructores, entre nuestros "contemporáneos, particularmente los jóvenes, siempre apasionados "por lo absoluto, prontos a lanzarse a resoluciones extremas, y deseo-"sos con todo derecho de conducir su vida de acuerdo con los prin-"cipios —o la ausencia de principios— que son de actualidad para "ellos como el último y más importante descubrimiento de los tiem-"pos modernos?»

PAULO VI: Alocución a los Filósofos participantes en el Congreso Mundial tomista del 13 de septiembre de 1970; texto francés en *L'Osservatore Romano* del 13, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.510 del 26 de septiembre).

Insatisfacción de la vida arreligiosa y necesidad de referir todos los valores terrenos al orden de más alto grado.

«La vida arreligiosa resulta con frecuencia insatisfactoria e insig-"nificante. El hombre inteligente se da cuenta de que camina en la "oscuridad; sin la luz de la verdad y de la práctica religiosa pierde "relieve y significado su experiencia, se hace mediocre su persona-"lidad, su libertad cae en poder de las pasiones no buenas, y otros "influjos. Siente la necesidad de alguna idealidad superior, anterior "y sobre él. Las opiniones corrientes, los aforismos retóricos, las "filosofías de moda ofrecen fácilmente un ídolo para colocarlo en "el puesto de Dios. Hemos de reconocer que a menudo son concep-"ciones nobles y altas las que se alzan como guía del hombre moderno "en sustitución de la fe religiosa: tales como la ciencia, la libertad, "el arte, el trabajo, el progreso, el deber, el amor ... Otras concep-"ciones no menos resonantes tienen un significado ambiguo: la ri-"queza, el poder, la gloria, la política, la felicidad, etc. Son valores, "ciertamente. Pero ¿pueden acaso elevarse a aquel grado absoluto "que reconocemos a la divinidad y que no necesita ser justificado en "un plano superior? Y contentándonos sólo con ellos, ¿son capaces "de suplir el sitio de Dios en nuestro espíritu? ¿No dejamos, tal vez, "a solas, un vacío que bien considerado es la parte mayor y mejor? "Y, si restringimos nuestra capacidad a estos valores aislados, cuando "ellos piden ser referidos a la fuente y el orden del más alto grado,

Fundación Speiro

"¿no hemos disminuido su verdadera medida o empequeñecida, más "que dilatada, la amplitud del espíritu humano que no tiene límites? "Esta es la conocida advertencia de San Agustín (cfr. Conf., 1, 1), "que recorre toda la historia de la espiritualidad humana, antes y "después de él; la necesidad insustituible de Dios. No se trata de "calificar esta indigencia insaciable como «angustia metafísica», de la "que no quiere oír hablar ni el materialismo moderno, ni, por otras "razones, el idealismo inmanentista; sino que se trata de reconocer "una natural y profunda exigencia del alma humana, abierta al in-"finito, que aspira a medirse y, por lo mismo, a identificarse por el "reconocimiento y el amor con aquel Dios, cuya impronta misteriosa "lleva en sí mismo. La sustitución, aun en estos casos, que encontra-"mos alguna vez en hombres de gran talla intelectual y moral, es "abusiva. Abusiva con relación a Dios, que pone al frente de su "mensaje bíblico el celoso y primer mandamiento: «Yo soy el Señor "tu Dios. No tendrás otro ídolo delante de mí» (Ex., 20, 3). Es "abusiva con respecto al hombre, a quien burla con el fulgor de luces "reflejas, o artificiales, privándolo de la primera luz del misterio des-"lumbrante de Dios».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 19 de agosto de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 20 de agosto, texto castellano: *Ecclesia* núm. 1.506 del 29 de agosto).

Necesidad de contrastar nuestras miserias morales con el misterio de Dios.

«... el rito de la imposición de las cenizas sobre la cabeza de los "miembros de la comunidad eclesial, ya sean ministros o fieles. Por "sí mismo habla: un lenguaje impresionante y rico de significados "sobre la caducidad de nuestra vida, como verdad irreversible, que "trastorna nuestra opinión habitual e ilusoria en torno a su estabili-"dad; sobre la conciencia despiadadamente realista, que debemos "tener de nuestras miserias morales, sobre la necesidad de contrastar "esta nulidad de nuestro ser con el misterio de Dios, que en esta "visión crudamente objetiva, pero unilateral, de nuestras condiciones "fragilísimas y culpables, nos aparece en su terribilidad abundante "e inexorable; sobre la necesidad imperiosa de vencer la desespera-"ción, que parecería ser la fatal conclusión de nuestro desastroso ba-"lance humano, si no nos fuese ofrecida una salvación; una salva-"ción que vemos ya cercana y providencial: la penitencia. Una pala-"bra extremadamente severa, pero, en el fondo, extremadamente con-

Fundación Speiro

"soladora, una palabra de Jesús llama hoy a las puertas de nuestra "conciencia: «Si no hiciereis penitencia todos pereceréis» (Luc. 13, 5)».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 11 de febrero de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 12 de febrero, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.480 del 21 de febrero).

Necesidad de Dios, y materialismo y utilitarismo egoista de la mentalidad moderna.

«Nos interesamos ahora por las desviaciones mayores y más di- "fundidas respecto al nombre de Dios. En otra circunstancia, esco- "giendo entre estas desviaciones, consideramos la primera, es decir: "es imposible conocer a Dios. Ahora escuchamos otra, aparentemente "más trivial, pero no menos profunda y temible, que dice: es inútil "ocuparse de Dios.

"Es la tentación que empieza a actuar fácilmente; es decir, se "hace negación, y de inmediato tiene su aplicación: la renuncia a la "búsqueda de Dios, el abandono de la práctica religiosa y la adqui- "sición de una cierta tranquilidad de conciencia, tanto en orden al "problema especulativo en torno al fundamento firme de nuestra re- "lación con Dios como en orden a las consecuencias morales que se "derivan de ella. Inútil, se dice, es plantearse un problema religioso: "o no admite solución, o de hecho no importa que la tenga. Se vive "lo mismo; por lo tanto, no existe la necesidad de plantearse un pro- "blema tan difícil y, prácticamente, superfluo.

"Constituye para muchos un axioma, que significa descubrimiento, "liberación: vía libre; ya no existe necesidad de Dios.

"La mentalidad moderna, totalmente impregnada de racionalismo "científico, contenta con los resultados en el campo de los conoci- mientos, que le dan la satisfacción, no solamente de comprender lo "que estudia, sino de convertir su saber en obras y obtener beneficios "de sus conocimientos, en el gozo de las conquistas del propio estu- "dio y del propio trabajo, no pide otra cosa. De este modo, procla- "mada la inutilidad de Dios, ella afirma que se vive mejor, se gana "tiempo, se concentra la atención y la actividad sobre cosas cuya "realidad se mide, se resuelven problemas que parecen ser los únicos "verdaderos e interesantes, los económicos en primer lugar, después "los sociales, los políticos, etc.; por el hombre adulto y progresivo "se rompen muchos vínculos que parecen superfluos, convencionales, "supersticiosos, molestos. Sienten la tentación de citar ciertas expre-

Fundación Speiro

"siones antiguas de los salmos: «Non est Deus», no hay Dios (Cfr. "Salm., 13, 1; 52, 1).

"Sobre esta afirmación, bien sea especulativa o empírica, en torno "a la inutilidad de Dios, y, en consecuencia, de la religión, de la fe, "de la oración y hasta del contraste de la propia conciencia con una "eventual e inexorable exigencia de ley Divina, se podría construir "bajo múltiples figuras la fisonomía típica de muchísimas personas "de nuestra época, que encontramos en el mundo en que vivimos, y "hallamos dibujada en tantas páginas de la literatura moderna: el "indiferentismo, el agnosticismo, el pesimismo, el irracionalismo, el "anticlericalismo, el ateísmo, etc., de los que está tejida la psicología "de muchos contemporáneos, se alimentan frecuentemente de esta mis-"ma raíz de la presunta vanidad de un categórico y útil problema "teológico.

"Como veis, de hecho, no es esta nuestra posición. Nosotros los "bautizados, nosotros los creyentes, nosotros, especialmente los mi-"nistros de los misterios de Dios, no solamente no admitimos la opi-"nión, ni siquiera la hipótesis de la inutilidad del nombre de Dios "en el contexto de la vida humana, sino que afirmamos lo contrario. "Dios es necesario. Es el Ser necesario, el único necesario en Sí y "necesario para nosotros. Es conveniente basar nuestro convencimien-"to en este principio capital. Lo que más vale, lo que más nos urge "es justamente este realísimo, bienaventurado nombre de Dios.

"De este modo se abre la ley constitucional del universo: «Yo "soy el Señor, tu Dios» (Ex., 20, 2; 20, 7); y así suena nuestra "soberana plegaria: «... santificado sea tu nombre, venga a nosotros "tu reino ...». La lección dominante del Evangelio, al cual se ofrece "nuestra existencia, nos advierte siempre en estos términos: «Buscad "primeramente el reino de Dios ...» (Mt., 6, 33).

"Quizá alguno objete: deber, no utilidad. Pero si se analiza la "intrínseca necesidad de este deber moral, libre ciertamente, pero "dimanante de la exigencia constitucional de nuestro ser, se ve que "la primera y máxima utilidad coincide en nosotros con el primero "y máximo deber nuestro; y si incluso por este deber debiésemos per-"der todos nuestros bienes y nuestra misma vida, nuestro cálculo no "sería equivocado; lo dice Jesús, el Maestro, mártir después de sus "palabras: «Quien ama la propia vida, la perderá; y quien desprecia "la propia vida en este mundo, la guarda para la vida eterna» (Jn., "12, 25). Si Dios es para nosotros la verdadera razón por la que "nos ha sido dada la vida, consagrar a El pensamiento, corazón, ac-"ción, significa, además de responder a nuestro fin esencial, comple-"tarnos a nosotros mismos. Así nos recuerda San Ignacio con la pri-"mera meditación de sus ejercicios espirituales: «El hombre ha sido

Fundación Speiro

"creado ...»; y así nos respondía el niño de nuestra escuela de cate-"cismo, escuela de la suma sabiduría, a la pregunta: «¿Para qué te "ha creado Dios?». Me ha creado para conocerlo, para amarlo, para "servirlo en esta vida; y para gozarlo después eternamente en la otra.

"Pero la tentación insistirá «cui bono?», ¿para qué sirve Dios en "nuestra vida? Todos nuestros juicios se someten a la regla del be-"neficio inmediato y personal. Somos antropocéntricos; es decir, a "nosotros nos interesa más nuestro yo que el honor y el servicio de "Dios; somos utilitaristas, somos egoístas. Más que al ser y al deber "ser nosotros cuidamos del valor, es decir, de la relación a la utilidad; "y más aún, en la balanza de los valores, de las cosas preciosas, nues-"tros problemas, nuestros intereses, nuestros placeres aspiran a preva-"lecer sobre el sumo bien, tan inasequible a nuestra experiencia or-"dinaria, el cual se llama Dios.

"Más todavía, una frase de Cristo, grave y dramática como una "sentencia, nos obliga a revisar el juego de nuestra balanza: «¿De "qué sirve, en efecto, al hombre, el ganar el mundo entero, si des-"pués pierde su alma?» (Mt., 16, 26). ¿Y cómo puede el hombre "salvar su alma? He aquí que la tentación sobre la inutilidad de "Dios descubre su engaño: el grande, el supremo problema de nues-"tra salvación, ¿cómo lo resolveremos olvidando lo que la fe en Dios, "en Cristo, en el Espíritu Santo, nos enseña a este respecto? Este in-"dispensable bien, esta única y verdadera utilidad solamente de Dios "nos puede llegar; de Aquel que dice: «Yo soy tu salvación» (Salm., "34, 3).

"Y si el nombre de Dios resplandece sobre nuestra vida, obtendre-"mos muchos y grandes beneficios. Su enunciación sería muy amplia "y muy larga, si los quisiésemos solamente mencionar. Desde los que "tienen lugar en el campo del pensamiento: Dios es la luz, como "los que tienen lugar en el campo del obrar: Dios es el verdadero "bien, Dios es amor; y, finalmente, ¿cómo se mantiene una ética sin "Dios? E incluso un cristianismo, totalmente orientado, en línea ho-"rizontal, según la expresión moderna, es decir, sin Dios e incluso "sin Cristo-Dios, orientado hacia los demás, hacia los hombres, ¿cómo "se regirá sin el flujo vertical del amor de Dios que desciende, y "sube de nuevo a Dios, y no se agotará y acaso no se pervertirá no "pudiendo poseer ya este maravilloso nombre de Dios y, por tanto, "no pudiendo dar a los demás con toda autenticidad el nombre de "hermanos, es decir, hijos del mismo Padre-Dios?»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 29 de julio de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 30, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.503 del 8 de agosto).

Fundación Speiro

Dios no ha muerto; le han perdido tantos hombres de nuestro tiempo.

«Y debemos buscar a Dios por otro motivo también: porque hoy "los hombres tienden a no buscarlo ya. Se busca todo; pero no a "Dios. Incluso se advierte el propósito como de excluirlo, de can-"celar su nombre y su memoria en todas las manifestaciones de la "vida, del pensamiento, de la ciencia, de la actividad, de la sociedad; "debe todo ser laicizado no sólo para señalar al saber y a la acción del "hombre su campo propio, gobernado por sus principios específicos, "sino para reivindicar para el hombre una autonomía absoluta, una "suficiencia satisfecha sólo con límites humanos, y orgullosa de una "libertad que se ha vuelto ciega para todo principio obligatorio, orien-"tador. Se busca todo; pero no a Dios. Dios ha muerto, se dice; no "nos ocupemos más de él. Pero Dios no ha muerto, se ha perdido; "perdido para tantos hombres de nuestro tiempo. ¿No valdría la "pena buscarlo?

"Todo se busca; las cosas nuevas y las viejas, las difíciles y las "inútiles, las buenas y las malas; todo. Puede decirse que la búsqueda "define la vida moderna. ¿Por qué no buscar a Dios? ¿No es El un «Valor» que merezca nuestra búsqueda? ¿No es acaso una realidad "que exige un conocimiento mejor que el puramente nominal de uso "corriente, mejor que el supersticioso y fantástico de ciertas formas "religiosas que ahora mismo debemos rechazar por falsas, o purificar "como imperfectas; mejor que el que piensa tener ya bastante infor-"mación y olvida que Dios es inefable, que Dios es misterio, y que "conocer a Dios es para nosotros una razón de vida, de vida eterna? "(Cfr. Jo., 3).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 25 de agosto (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 27 de agosto, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.507 del 5 de septiembre de 1970).

El tiempo para los paganos y para los cristianos.

«¿Qué es el tiempo? Los paganos dicen: es Saturno que devora "a sus hijos. Los cristianos dicen que es una vigilia en espera de "una venida final del Dueño, del divino remunerador, del Esposo "divino selectivo, del Hijo del Hombre en su majestad de juez. Re-"cordad las parábolas escatológicas de Jesús, es decir, aquellas en "las que el Maestro ha representado la escena final de la historia "humana: la estación de llegada de la rueda del tiempo, la cual se

Fundación Speiro

"ha doblado de acuerdo con el mandato caprichoso, responsable, de-
"cisivo de nuestra libertad individual.
"
. . . . . .

"He aquí, pues, hallada la razón de este rito inaugural del iti-
"nerario de nuestra marcha cuaresmal hacia la Pascua; del realismo
"natural y despiadado de la muerte al realismo natural e inefable de
"la vida, o sea, de la salvación que Cristo, muriendo y resucitando,
"ha merecido para nosotros, y que nosotros debemos conseguir fe-
"lizmente en la escuela de la penitencia, de la oración, de la caridad,
"escuela a que la Iglesia nos invita ahora.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 7 de marzo de 1973 (O. R. de 8 de marzo de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.634 del 17 de marzo).

La dependencia que nos pide el orden divino no supone pérdida de la libertad.

«Sentimos temor de estar sometidos a una teocracia anacrónica e
"intolerable.

"En cambio, no nos debe ser difícil ni ingrato revisar, a la luz
"meridiana de nuestra fe, que la dependencia que nos pide este or-
"denamiento teológico y existencial, constituye la base de nuestro ser
"de hombres, de cristianos, de católicos, de elegidos, para seguir a
"Cristo. «Servire Deo regnare est» (Servir a Dios es reinar): No se
"trata de un sencillo proverbio ascético; es la síntesis de una meta-
"física religiosa, la cual descubre su rectitud, más aún su felicidad,
"cuando, al igual que en la casa de Dios, a que hemos sido admitidos
"por caminos de fe y de gracia, experimentamos que este servicio que
"queremos realizar con respecto a Dios y con respecto a lo que nos
"conduce a Dios no es esclavitud, no es degradación, no es pérdida de
"la propia libertad, sino más bien el empleo más noble de esta liber-
"tad, es la elevación al nivel superior de la conquista y del gozo de
"los valores superiores de la vida, esa asociación en el amor con aquel
"Dios que es Padre y que se define Amor; y es seguimiento de Cristo,
"y participación en aquella comunión que define a la Iglesia.

"Es servicio, ciertamente. Pero ¡qué significado de grandeza real
"adquiere hoy nuevamente este desprestigiado, y ahora rehabilitado
"término, si se relaciona con la conciencia ideal de la vida y con la
"conciencia social de nuestra época! Se convierte en vocación. El hom-

Fundación Speiro

"bre tiene necesidad de servir a una causa por la que valga la pena "de dar esta vida presente.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 2 de febrero de 1972; traducción de *Ecclesia* núm. 1.579 del 12 de febrero.

El pecado en la condición de hombre y en la relación de éste con Dios.

«La Iglesia no deja jamás de hacer uso de esta terrible palabra, "que afecta, como una herencia desgraciada, a la misma naturaleza "humana, declarándola herida por una desgracia precedente, sin cul- "pa personal, sino como una desgracia fatal; es el pecado original. "Y que denuncia después una responsabilidad personal, cuando el "pecado es consciente y deliberado. Es doctrina conocida por todos. "Pero que hoy todos, víctimas de una secularización término de sí "misma, tratan de olvidar. Otras veces hemos hablado de ello (cfr. "Enseñanzas, II, 1.171, etc.). No se habla ya de pecado, porque esta "tristísima y realísima condición del hombre pecador implica la idea "de Dios. Implica la idea de la ofensa hecha a Dios. Implica la ad- "vertencia de la rotura de la relación vivificante y real con El; implica "el conocimiento de un desorden intolerable en el hombre delin- "cuente; implica el terror de la sanción aneja al pecado, la reproba- "ción eterna, el infierno; implica la necesidad absoluta de una sal- "vación, más aún, de un Salvador.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 17 de marzo de 1971 (traducción de *Ecclesia* núm. 1.535 del 27).

El pecado como ruptura moral del vínculo vital, objetivo del hombre con Dios.

«... no podemos eximirnos de mencionar un capítulo esencial de "esta historia de la relación objetiva y existencial entre el hombre y "Dios; y este capítulo amplísimo y tremendo tiene por título el pe- "cado. No se puede prescindir de este hecho trágico, que parte de la "ruina inicial del género humano, y que tiene sus repercusiones en "toda la inmensa y sucesiva serie de calamidades humanas y de nues- "tras fatales responsabilidades, que son nuestros pecados personales, "si se quiere comprender algo de la misión de Cristo y de la econo-

Fundación Speiro

"mía de salvación instituida por El, y si nosotros queremos participar "de ella.

"No podemos entrar en el santuario orante y sacramental de la "liturgia, especialmente cuando celebra no solamente el recuerdo de "la narración evangélica de la pasión, la muerte y la resurrección de "Nuestro Señor, sino el cumplimiento del misterio de la redención, "en la cual toda la Humanidad está interesada, si no tenemos pre-"sente la antítesis de este drama, que es justamente el pecado. El "pecado es el núcleo negativo de esta doctrina y de esta constante in-"tervención salvífica, que nos hace aclamar a Cristo liberador y nos "da conciencia de nuestro destino, desgraciadísimo antes, afortunadí-"simo después respecto al misterio pascual, cuando nos hemos aso-"ciado a él ...

". . . . . .

"Porque el pecado no es solamente un defecto personal nuestro, "sino una ofensa interpersonal, que procedente de nuestra persona "llega a Dios; no es solamente una falta a una legalidad del orde-"namiento humano, una culpa hacia la sociedad, o hacia nuestra lo-"gica moral interior; es una ruptura moral del vínculo vital, objetivo, "que nos une a la fuente única y suprema de la vida, que es Dios. "Con esta primera fatal consecuencia: que nosotros, que somos ca-"paces, en virtud del don de la libertad, que al hombre «hace seme-"jante a Dios» (cfr. Par., 1, 105), de perpetrar aquella ofensa, aque-"lla ruptura, y con mucha facilidad, no somos capaces de repararla "por nuestros propios medios (cfr. Jn., 15, 5). Somos capaces de "perdernos, no de salvarnos; y esto nos hace reflexionar hasta dónde "llega nuestra responsabilidad. El acto se convierte en estado; un "estado de muerte. Es terrible. El pecado lleva consigo una maldi-"ción, la cual sería una condenación irreparable, si Dios mismo no "partiese, para socorrernos, una iniciativa, reveladora de su omnipo-"tencia en la bondad y en la misericordia. Y esto es maravilloso. Esta "es la redención, la liberación suprema. Dice una estupenda oración "litúrgico-teológica: «Oh Dios, que manifestaste extraordinariamente "tu omnipotencia con el perdón y con la misericordia ...» (Collecta "del domingo décimo después de Pentecostés, en el misal antiguo).

". . . . . .

"Recuperemos en nosotros la recta conciencia del pecado, no te-"mible, no debilitadora, sino viril y cristiana. Crecerá la del bien en "oposición a la del mal. Crecerá el sentido de responsabilidad, pro-"cedente de nuestro interior juicio moral, para extenderse al sentido "de nuestros deberes personales, sociales y religiosos. Crecerá nuestra "necesidad de Cristo, médico de nuestras miserias, el Redentor y la "víctima de nuestros males, el Vencedor del pecado y de la muerte,

Fundación Speiro

"el que ha hecho de sus dolores y de su cruz el precio de nuestro "rescate y de nuestra salvación.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 8 de marzo de 1972 (O. R. de 9 de marzo de 1972; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.584 del 18 de marzo).

El pecado en la vida del hombre y su conciencia.

«El pecado es uno de los temas principales de este período pe- "nitencial, que aspira a identificar nuestros pecados, a expiarlos, a "repararlos. Es un tema —se puede decir— antipático, como son las "enfermedades y las desgracias en la vida del hombre; pero tema "inevitable, y muy importante, ya que de él depende nuestro ser cris- "tiano y nuestro destino eterno. Tema inmenso, que se remonta, nada "menos, que al primer hombre, en el cual se abre trágicamente el "drama de la historia, y del cual deriva, para todo hijo de Adán, por "el camino de la generación, la triste herencia del pecado original, "con todos los trastornos psicológicos-morales de nuestra naturaleza; "con la pérdida de nuestra amistad vital con Dios, y con la necesi- "dad de un renacimiento en la gracia del bautismo (cfr. Juan, 3, 5). "

. . . . . .

"¿Qué es el pecado? Hablamos, ahora, no del pecado original, "sino de aquel otro al que el catecismo llama actual. Y la dificultad "del hombre profano moderno para hablar del pecado nace del hecho "de que en el concepto de pecado se incluye una referencia a Dios; "y Dios no debe ser ya intervenir en el lenguaje, ni siquiera en el "pensamiento, en la conciencia del hombre secularizado, como quiere "ser el hijo de nuestro tiempo; el cual, si hace falta, hablará de in- "fracción del orden (... ¿pero el mismo orden no exige también una "referencia trascendente a Dios?), o bien de culpa, o incluso de "libre ejercicio de las propias facultades, y así sucesivamente; pero "no de pecado, que implica un concepto moral, unido por vía meta- "física al primer Principio de todo, que es Dios. "

. . . . . .

"Lo importantísimo para comprender y para vivir el cristianismo "es tener el sentido del pecado. Lo cual implica tener una visión lim- "pia de la propia conciencia; surge aquí espontánea la recomendación "pedagógica, filosófica, ascética, del «conócete a ti mismo»; es decir, "de la utilidad del examen de conciencia, de la búsqueda de la ho- "nestidad interior (cfr. Mat. 15, 11); por la sensibilidad moral y

Fundación Speiro

"espiritual podremos hablar de la limpieza del alma (cfr. Santa Ca-"talina de Génova; cfr. Dante: «... Oh conciencia noble y limpia», "Pug. III, 8), de la higiene del espíritu. Existe quien teme que esta "reflexión crítica sobre sí mismo puede ser causa de debilidad y de "escrúpulos, mientras el efecto moral debería ser el opuesto, es decir, "la franqueza viril, la sinceridad interior, la madurez del propio jui-"cio, la liberación de las fáciles vilezas de quien más escucha las pre-"siones del ambiente que el imperativo liberador de la conciencia "(cfr. la vida de Santo Tomás Moro).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 28 de marzo de 1973 (O. R. de 29 de marzo de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.637 del 7 de abril).

El hombre y su necesidad de Dios para su salvación.

«El rito de la imposición de la ceniza ...

". . . . . .

"Nos habla ... de nuestra suerte inexorable de criaturas mortales como "hijos del tiempo y herederos de la condena engendrada por el pe-"cado, y nos dice a la vez nuestra trágica condición de seres inmor-"tales, responsables por toda la eternidad ante el Dios vivo y por "nosotros perdido, ansiosos de El e incapaces de llegar a El con nues-"tras fuerzas exhaustas y consumadas en falaces esperanzas. Dice la "desesperación del hombre que confía en sí mismo. Dice la filosofía "de la nada, propia de nuestro existencialismo, cuando se ha separa-"do de la fuente viva de Cristo; y nos obliga, con lúgubre silencio "que pronto lo acaba, a invocar misericordia y salvación. De aquí "parte el itinerario hacia la redención, hacia el misterio pascual».

PAULO VI: En la audiencia general del miércoles 19 de febrero (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 20 de febrero de 1969; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.430, sábado 1 de marzo de 1969).

Necesidad del hombre de redención que no puede alcanzar por sus solas fuerzas.

«... el hombre tiene necesidad de redención. Decir esto y decir la "suma de la filosofía del hombre y de la teología de la vida es la "misma cosa. El hombre tiene necesidad de redención; lo que signi-

Fundación Speiro

"fica no solamente que carece de un complemento para su perfección y "su felicidad, sino que tiene necesidad de una reparación, de una libera- "ción, de una regeneración. Tiene necesidad de una curación, de una "recuperación, de una rehabilitación. Tiene necesidad de un perdón. "Necesidad de volver a ser hombre; de conquistar nuevamente su digni- "dad, su verdadera personalidad. Y después volverá a tener paz, alegría, "deseo sano de vivir, esperanza. Después recuperará nuevamente la vi- "sión clara del mundo, de los hombres, de la historia, de la muerte, del "más allá. Pero ahora, por sí mismo, el destino humano se encuentra "en una condición imperfecta, desgraciada. Los mismos esfuerzos que "el hombre hace para dar normalidad, forma, progreso, conciencia "a su vida, terminan por denunciar más claramente el estado de in- "suficiencia y de degradación en que se encuentra. Y, si no bastase "la complicada experiencia humana para demostrar que en el con- "junto de nuestros destinos existe algo que radicalmente no marcha, "la palabra del Señor, ilustrada por la enseñanza de la Iglesia, nos "convence que nos encontramos en la necesidad de una redención, "de una salvación.

"

. . . . . .

"... otro pensamiento, complementario del primero, nos hace re- "flexionar sobre la imposibilidad de las fuerzas humanas para procu- "rarse la redención de la que el hombre tiene necesidad. Necesidad "y autónoma imposibilidad de redención es el doble convencimiento "con el que nos debemos acercar a la celebración de los ritos litúr- "gicos, los cuales evocan de nuevo e interiormente renuevan el mis- "terio pascual. Este sentido de imposibilidad es también indispensa- "ble en la economía de nuestra pedagogía religiosa, de nuestra men- "talidad cristiana.

"

. . . . . .

"Se relaciona esta doctrina con la naturaleza del pecado y de sus "consecuencias: la rotura de las relaciones con Dios, que es justa- "mente el pecado, comparable a la rotura del cable de un teleférico, "o a la rotura de un cristal, ¿quién la puede reparar por sí mismo? "A un muerto (porque respecto a la relación con la vida de Dios "así es un hombre en estado de pecado mortal), ¿quién puede decirle "estas inverosímiles palabras: «Yo vendré y lo curaré»? (Mt., 8, 7; cfr. Hebr., 10, 6-7).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 7 de abril de 1971 (traducción de *Ecclesia* núm. 1.537 del 17).

Fundación Speiro

La existencia del hombre y el significado de la penitencia en la relación con Dios.

«*El rito de la imposición de la ceniza es un rito de penitencia, "que en la liturgia actual conduce el pensamiento de los fieles a una "doble consideración: 1) La fragilidad extremadamente efímera de "la vida presente, con la consiguiente clasificación de los verdaderos "valores a que debe tender el empleo de nuestras fuerzas en el fugaz "y precioso espacio de tiempo que se nos ha concedido para obrar "bien: Antes de la disolución en las cenizas de la muerte, nuestra "existencia debe tratar de conquistar aquellos títulos no vanos y no "caducos, es decir, los méritos ante Dios, que le garanticen una con-"dición feliz en la supervivencia futura, desengañándola de poner su "corazón en la afanosa y pecaminosa búsqueda, como si fuese la úni-"ca y suprema, de aquellos bienes que el tiempo seductor ofrece y "devora.*

"Es una meditación muy severa y realista sobre el nihilismo de "la vida temporal al que la muerte nos condena a todos. Es una sa-"cudida psicológica y moral de gran eficacia; no nos desagrade hacer "su sincera, humillante, pero beneficiosa experiencia. Dado que nos "encontramos absorbidos y encantados por el actualismo, el activis-"mo, el hedonismo de la vida moderna, debemos estimar la antigua "y austera llamada que la liturgia de la Iglesia nos dirige hoy, como "a personas que deben despertar de un adormecimiento funesto a una "claridad de juicio sobre el verdadero concepto de nuestra existencia, "sobre la que pesa inexorablemente el misterio del fin temporal y el "misterio del destino futuro.

"La otra consideración, sobre la que la pedagogía litúrgica in-"sistirá más ampliamente, es la de la penitencia, la cual también "exige una meditación más extensa; y el porqué es claro. Penitencia "quiere decir reforma, quiere decir expiación; reforma y expiación, "que suponen alteradas nuestras relaciones con Dios; suponen un "desorden fatal entre Dios y nosotros; suponen la rotura del lazo de "unión de nuestra vida y de su destino con la fuente de la Vida ver-"dadera, que es Dios; rotura que se llama pecado, la desgracia más "grave que puede sobrevenir al hombre, porque produce su muerte "eterna, diferida ahora, pero ya de suyo decretada; y también, porque "el hombre por sus propias fuerzas no podía remediar ruina tan gran-"de. El hombre, por sí, es capaz de perderse, no de salvarse. La pe-"nitencia se refiere al pecado; y el pecado a la separación del Dios "vivo. También éste es un tema muy grave, que debe mantener siem-"pre intranquilos a nuestros espíritus, especialmente durante el próxi-

Fundación Speiro

"mo período cuaresmal, justamente orientado a la reparación de esta "desventura, que es el pecado; y la búsqueda nos conduce a la sublime "y extraordinaria fortuna, realizada por Cristo, de nuestra salvación, "es decir, al misterio pascual.

"La Pascua es la Redención llevada a cabo por Cristo, y para nos- "otros es la vida.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 16 de febrero de 1972 (O. R. de 17 de febrero de 1972; original italiano, traducción de *Ecclesia,* núm. 1.581 del 26 de febrero).

La abnegación, la renuncia, la penitencia, formas de fortaleza personal.

«Jesús predica la abnegación, la renuncia que su discípulo debe "hacer de sí mismo. No solamente —comenta San Gregorio— la "renuncia a las propias cosas exteriores, sino también la renuncia a "la propia autonomía interior (Hom. 32 en. Ev. P. L. 76, 232), cuan- "do ésta rehúye la obediencia debida a Dios y se encierra en el propio "egoísmo, y cuando se convierte en ídolo de sí mismo. Y es más dura "la abnegación de sí, que la lucha por la exaltación de sí mismo. "Pero es también más feliz: recordemos el discurso de las bienaven- "turanzas. Esta es la penitencia, éste es el Evangelio.

". . . . . .

"... la abnegación cristiana, la mortificación, la penitencia, no son "formas de debilidad, no son «complejos de inferioridad», sino que, "brotadas de la gracia y del esfuerzo de la voluntad, son más bien "formas de fortaleza personal. Ellas nos educan para la valoración "trascendente de nuestro obrar: «Si no hacéis penitencia —dice el "Señor—, todos vosotros ... pereceréis» (Luc. 13, 5). Por el hecho de "ser pecadores, somos deudores de cierta expiación. Y después nos "alientan al dominio de nosotros mismos; dan unidad y equilibrio a "nuestras facultades; hacen que prevalezca el espíritu sobre la carne, "la razón sobre la fantasía, la voluntad sobre los instintos; producen "en nuestro ser una exigencia de plenitud y de perfección, que a veces "podemos llamar santidad. Donde hay rigor, hay vigor.

". . . . . .

"... qué figura de hombre resulta de la disciplina de la ascética "cristiana: Resulta el hombre verdadero, el hombre fuerte, el hombre

Fundación Speiro

"libre, el hombre discípulo de Cristo, el hombre que actúa en virtud "de su Espíritu.»

PAULO VI: Homilía durante la estación cuaresmal en la Iglesia de Santa Sabina (7 de marzo de 1973); (O. R. del 9 de marzo de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.635 del 24 de marzo).

Conversión, penitencia y examen en busca del "hombre nuevo".

«Esta palabra «conversión» merece por parte de todos una re-"flexión especial. Los exégetas nos dirán que, en nuestro caso —es "decir, en el lenguaje bíblico, traspasado al lenguaje litúrgico—, el "término «conversión» está en estrecho parentesco, casi de sinonimia "con otros dos, que son: la penitencia (en griego, metanoia) y la "orientación nueva (en griego, epistrofé). De este modo inaugura "Jesús su predicación según el evangelista San Marcos. Dijo El: «Se "ha cumplido el tiempo, y el reino de Dios está próximo: haced pe-"nitencia (es decir, convertíos) y creed en el Evangelio (en la Buena "Nueva)».

". . . . . .

"Podemos contentarnos ahora con traducir, en términos prácti-"cos, esta austera palabra «conversión», llamándola reforma interior. "Somos llamados a esta reforma, la cual nos hace comprender inme-"diatamente muchas cosas. La primera concierne al análisis interior "de nuestro espíritu: sí, a una especie de psicoanálisis religioso y "moral. Debemos replegarnos sobre nosotros mismos para examinar "cuál es la verdadera direción principal de nuestra vida; es decir, "cuál es el móvil habitual y predominante de nuestra forma de pen-"sar y de actuar, cuál es nuestra razón de vivir, cuál el estilo moral de "nuestra personalidad: ¿Podemos llamarnos hombres honestos? ¿Cris-"tianos coherentes y fieles? ¿Está orientado hacia la justa meta el "timón de nuestra ruta? O bien, ¿necesita ser rectificada su direc-"ción? Esta es la conversión primera, y nadie se atreverá a contestar "la oportunidad de semejante afirmación. También a este respecto la "vida profana sirve de modelo para la vida espiritual: ¿No hacemos "los balances anuales de nuestras administraciones económicas? ¿Cómo "van nuestros negocios? ¿Y los negocios de la vida religiosa y moral? "La disciplina cuaresmal, especialmente si está corroborada por los "así llamados «ejercicios espirituales», ¿no está totalmente orientada "a comprobar la rectitud fundamental de nuestro vivir?

". . . . . .

"Además, este estudio sobre nosotros mismos nos pondrá en dis-

Fundación Speiro

"posición de descubrir la maraña de nuestra psicología operativa; "quizá encontraremos pecados o, al menos, debilidades que tendrán "necesidad de penitencia, de reforma profunda. Veremos, por ejem- "plo, que ciertos caracteres relevantes de nuestra personalidad, con "frecuencia, dejan mucho que desear; especialmente cuando nuestras "pasiones nos dan el gusto de operar y, por ello, la ilusión de ser "libres, mientras somos víctimas de nosotros mismos, es decir, ener- "gías instintivas, ciegas y jamás dignas de un hombre perfecto, y "mucho menos de un discípulo de Cristo; así veremos finalmente la "enorme influencia que tiene sobre la libre y razonable opción de "nuestras ideas y el gobierno personal de nuestras acciones, el am- "biente exterior en el que vivimos. ¡Cuántas crisis, especialmente ju- "veniles, disimuladas bajo el estandarte de la emancipación, son muy "otra cosa que libres; momentos interiores, por el contrario, de con- "formismo y, a veces, de vileza hacia el predominio de la moda, del "interés y de la fuerza!

". . . . . .

"La conversión, a la que nos invita la actual revisión preparatoria "para la Pascua, nos ofrece la ocasión, y al mismo tiempo los medios "necesarios para ello, de una «psicoterapia» renovadora. También "de la arcilla del «hombre viejo», que somos, especialmente si es- "tamos abandonados al juego corrompido de nuestro ser caduco, pue- "de surgir, siguiendo el ejemplo y con el auxilio de Cristo, muerto "y resucitado por nosotros, «el hombre nuevo», predestinado a un "destino feliz y eterno. Lo auguramos para todos con nuestra ben- "dición apostólica.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 21 de marzo de 1973 (O. R. de 22 de marzo de 1973; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.636 del 31 de marzo).

¿Cómo se busca a Dios? Necesidad de la razón y de la fe complementándose.

«¿Cómo se busca a Dios? La pregunta causa vértigo. Pero haga- "mos inmediatamente un esfuerzo para calmarnos, es decir, para dis- "poner nuestro espíritu para el empleo ordenado y eficiente de las "propias facultades, a fin de probar su capacidad en este acto extre- "madamente comprometido de la búsqueda de Dios.

". . . . . .

"Cuando hacemos esta tentativa de preguntarnos la razón, el sig- "nificado, el valor de esta multiforme y cómoda experiencia, en

Fundación Speiro

"seguida nos sentimos invadidos por una Babel de ideas y de nombres; "la racionalidad filosófica es tan rica y tan confusa, que muchos hoy "se contentan con ordenar históricamente las expresiones del pen- "samiento humano, de engarzarlas, como máximo, con un hilo de "proceso mental; la historia del pensamiento suple la valoración ra- "cional y real del pensamiento mismo. Y, si después, a su vez, com- "prometemos el pensamiento en la explotación de lo que llamamos "real, nos reducimos, con sensación justificada de éxito, a la racio- "nalidad científica. La ciencia nos da un doble dominio: el de un "conocimiento seguro de las cosas, y el de su empleo práctico, técnico, "económico. Conquista grande, pero no suficiente, para la insaciable "aspiración de la razón, la cual desea saber más. No le basta saber "cómo son las cosas; desearía conocer sus causas. Y entonces llega- "mos a esta primera conclusión, a la cual, pensamos, nadie debería "oponerse. Damos a la razón su línea, su movimiento natural, su fuer- "za, su salud, su función plena y superior; y ella nos llevará a aquel "conocimiento reflejo de Dios, del que habla San Pablo. Por las "cosas visibles se puede tener algún conocimiento, pero seguro éste "del Dios invisible (cfr. Rom.); lo que nos confirma igualmente el "Concilio Vaticano I, que reivindica justamente para la razón huma- "na la capacidad de saber algo de Dios mediante el conocimiento de "las cosas creadas (Denz-Sch., 3.004).

"En otros términos. Es necesario utilizar bien la razón, es necesa- "rio devolverle un funcionamiento lógico verdaderamente normal y "eficaz, es necesario darle confianza.

"No debemos abusar caprichosamente de este don; de este ojo "destinado a conquistar la verdad. La razón tiene un papel insustitui- "ble en la religión. Tiene allí un puesto de honor, un empleo de alta "graduación. Como hombres, debemos sentirnos orgullosos de ella; "como religiosos, prudentes y humildes. La razón es un instrumento "preciosísimo y delicado, pero válido y poderoso, y siempre proce- "dente. Dice muy bien el padre De Lubac: «¡Que el hombre tenga, "pues, la audacia de su propia razón ... Cualesquiera que sean las si- "nuosidades recorridas por su pensamiento, al final debe saber re- "montarse a la Fuente, debe saber alcanzar el punto!» (Sur les Che- "mins de Dieu, p. 15).

"¿Adónde llegará nuestra búsqueda, conducida con la pura razón "natural? Llegará, cietarmente, a una cota altísima, más allá de la "línea del agnosticismo; pero la meta será más bien un deseo que "una satisfacción. Su esfuerzo será más bien una tentativa que una "conquista. Se traducirá en una expresión muy conocida en las clases "de religión. El entendimiento busca la fe, es decir, un conocimiento, "que le sea concedido mediante la revelación.

Fundación Speiro

"Entramos en el orden gratuito de lo sobrenatural. «Si Dios no "se hace maestro, nadie puede conocer a Dios ..., era imposible apren- "der a Dios sin Dios; mediante su Verbo. El enseña a los hombres "a conocer a Dios», así se explica San Ireneo (Contra los herejes, "Rom., 4, 6, 4; 5, 1; P. G., 7, 988), recordando las palabras de "Cristo: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel al que el Hijo "haya querido revelarle» (Mt., 11, 27); «a Dios nadie lo ve jamás; "el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, lo manifestará» "(Jn., 1, 18). Santo Tomás comienza su «Suma Teológica» afirmando "que era necesaria para la salvación humana una doctrina de acuerdo "con una revelación divina por encima de las ciencias naturales ex- "ploradas por la razón humana». Cristo es el Maestro, el revelador, "la luz: «Si permanecéis en mi palabra, dice El, seréis verdaderamente "mis discípulos y conoceréis la verdad; y la verdad os hará libres» "(Jn., 8, 31-32).

"De aquí la fe, y de aquí una sucesiva revisión, un acto reflejo "de la razón sobre esta nueva y superior ciencia de Dios; he aquí "la teología: «Fides quaerens intellectum», según la célebre expre- "sión de San Anselmo de Aosta, arzobispo de Canterbury. La fe tiene "necesidad del servicio de la razón; no la sofoca, como frecuente- "mente se dice; no la sustituye (cfr. Denz-Sch., nn. 2.751, 2.756, "2.813); sino que la asocia a la aceptación de la Palabra de Dios, "la eleva y la compromete en un trabajo más arduo y jubiloso. Es- "cuchar, en la medida de lo posible, comprender, explorar y expresar "la revelación, como luz, como principio lógico y dialéctico de la "más profunda y la más vital racionalidad: «Credo ut intelligam». "La inteligencia es elevada a suprema base favorecida por el concurso "de todo el hombre, de sus virtudes morales, que hacen posible pasar "de la fase especulativa del pensamiento a la fase vital: hacer de la "verdad divina un principio de vida humano-divina. «No se entra "en la verdad si no es por caridad, escribe San Agustín» (Contra "Fausto, 41, 32, 18; P. L., 42, 507).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 2 de septiembre de 1970 (texto italiano de *L'Osservatore Romano* de 3 de septiembre, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.508 del 12 de septiembre).

La búsqueda de Dios: necesidad e insuficiencia de la razón y posibilidad de los milagros y del contacto místico.

«¿Qué significa encontrar? Significa saber con certeza, conocer "como conocemos las cosas de este mundo, con evidencia, concreta- "mente. ¿Podemos encontrar a Dios de este modo? ¡Oh, el mundo

Fundación Speiro

"de nuestra conciencia es realmente muy complejo! Debemos estar "dominados por la imposibilidad de encontrar a Dios como se en- "cuentra cualquier otra cosa: Dios no sería ya el objeto de nuestra "búsqueda si El se pudiese encontrar bajo la forma concreta con que "nosotros conocemos las cosas; no sería ya Dios, decimos, sería una "cosa: «Ningún hombre se adapta convenientemente a Dios», dice "Santo Tomás, «según nuestra manera de concebir las cosas existen- "tes» (cfr. Contra Gent., 1, 30). Debemos darnos cuenta de la "dramática ambigüedad de los nombres que atribuimos a Dios: por "un lado, podemos afirmar por ejemplo: Dios es bueno, Dios es libre, "Dios es padre por la bondad, la vitalidad, la paternidad que le son "propias; pero al mismo tiempo debemos negar que El es bueno, "vivo, padre bajo el mismo significado de los seres de los que tene- "mos conocimiento ordinario, y que llamamos con estos términos "(ib. y De Potentia, 7, 2, ad I y II).

"... Merecería un largo discurso sobre el conocimiento así llamado "analógico, es decir, verdadero, pero no idéntico, que podemos tener "de Dios (cfr. S. Th. I, 13, 1); así sobre el modo de afirmar la "divina realidad negando los límites, en los cuales se expresa todo "concepto nuestro (Dios no es finito, Dios no es corpóreo, Dios no "es mortal, etc., y la así llamada «vía remotionis», una afirmación "incluye la realidad concebible por nosotros y no excluye los límites "de forma inconcebible para nosotros); así también la «via excellen- "tiae», el modo de atribuir en medida sublime a Dios las realidades "positivas conocidas por nosotros: Dios es sabio, es decir, infinita- "mente sabio; Dios es bueno, es decir, infinitamente bueno, etc. Por "esto, cuando pretendemos encontrar a Dios, lo vemos como si esca- "para en su cielo profundo de infinito misterio, justamente en el mo- "mento en que esperábamos haberlo alcanzado: El permanece abso- "lutamente trascendente, inefable, misterioso. No sería el verdadero "Dios, el que esperamos encontrar, si no fuese así. Podemos reconocer "que El existe y los atributos que convienen a su soberana existencia; "en cambio, no podemos conocer nada adecuadamente de El. Y sucede "de este modo que nuestra búsqueda no encontrará descanso; es una "carrera que no acaba jamás durante esta vida.

"¿Y entonces? ¿Hemos fracasado en nuestra búsqueda? ¿No lo "encontraremos jamás?

"No, falta todavía mucho por decir. Existe otro grado de bús- "queda y de conquista de Dios; es más que el conocimiento racional, "es la experiencia espiritual. La experiencia misma, la experiencia "vital. También ésta tiene una escala propia, que arranca de aquellos "signos de la presencia y de la acción de Dios, que llamamos mila- "gros. Cosa extraña: por ningún otro hecho siente nuestro mundo

Fundación Speiro

"incrédulo tanta curiosidad como por el milagro; solamente requiere "que sea verdadero, real. Pero si se presenta bajo estas características, "la muchedumbre corre. Son los milagros los que han atraído el "interés, la confianza y posteriormente la fe de las gentes, en la escena "del Evangelio, hacia Jesús. En el fondo de toda alma existe un deseo "de milagro; los críticos modernos permanecen alerta para impugnar "su veracidad, su realidad; pero de hecho tienen miedo de él, lo cual "es como un presagio; las personas profanas son, en cambio, las que "más avidez y curiosidad tienen por él; los fieles, ciertamente, serían "felices viendo un milagro, pero saben que ésta es una forma excep-"cional y rarísima, que emplea el Señor para ponerse en contacto con "nosotros (cfr. Zsolt. Aradi, Los Milagros, Vita e Pensiero, 1961). "Normalmente el Señor quiere conducirnos a El no por medio de "estas experiencias maravillosas, pero sensibles, sino por otros ca-"minos, espirituales y morales, como, verbigracia, el de la fe, el del "amor, el del ejemplo de los santos, de los que desprende una relación "con Dios, el de la voz autorizada de la Iglesia. Sin embargo, debemos "mencionar una forma, acaso menos rara de lo que se podría creer, "otro grado hacia el contacto místico con Dios: es el de la gracia "celosamente guardada en el alma; es la manifestación interior de "Jesús prometida a aquél que lo ama de verdad; El ha dicho: «Yo "mismo me manifestaré a El» (Jn.; 14, 21). Es aquella «luz de los "corazones» que hace de la fe una luz, una seguridad; es la inspira-"ción del Espíritu Santo, la guía que Dios, en la economía de la "gracia, ejerce sobre las almas fieles, especialmente sobre aquellas "consagradas al silencio interior, a la oración, a la contemplación. Se "trata de un don, o de un fruto del Espíritu (cfr. Gál., 5, 22; Efes., "5, 9), de un carisma que derrama en el corazón un atractivo incon-"fundible hacia el Ser Viviente y Presente de Dios.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 9 de septiembre de 1970 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 10 de septiembre, texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.509 del 19 de septiembre).

Debilitación del sentido religioso y dificultad para hablar con Dios.

«Advertimos la enorme y gran dificultad que hoy la gente en-"cuentra en el hablar con Dios. El sentido religioso hoy parece ha-"berse debilitado, apagado, desvanecido. Por lo menos así parece.

Fundación Speiro

"Llamad como queráis a este fenómeno: desmitización, secularización, "racionalismo, autosuficiencia, ateísmo, antiteísmo, materialismo ..., "pero el hecho es grave, sumamente complejo, aunque en la práctica "se presente como tan sencillo, e invade las masas, encuentra propa- "ganda y adhesión en la cultura y en las costumbres, llega a todas "partes, como si fuera una conquista del pensamiento y del progreso; "parece caracterizar la época nueva, sin religión, sin fe, sin Dios, "como si la Humanidad se hubiera emancipado de una condición "superflua y ofensiva (cfr. Gaudium et Spes, n. 7).

"Esto no puede ser, vosotros lo sabéis; tal vez recordáis —para "decirlo con una comparación— la parábola del «hilo que viene de "lo alto» de Joergensen, aquel hilo que sostiene toda la trama de la "vida, roto el cual toda la vida se desorganiza y decae, pierde su "verdadero significado, su estupendo valor; este hilo es nuestra rela- "ción con Dios, es la religión. Esta nos sostiene y nos hace experi- "mentar en una gama riquísima de sentimientos, la maravilla de la "existencia, la alegría y la responsabilidad de vivir. Estamos seguri- "simos de esto. Nuestro ministerio está esencialmente comprometido "en ello, y sufre observando cómo nuestra generación siente fatiga "cuando se trata de conservar y alimentar este sentido religioso, su- "blime e indispensable.»

PAULO VI: En la audiencia general del 27 de agosto de 1969 (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 28; texto en castellano: *Ecclesia* número 1.456, del 6 de septiembre).

Las dificultades para la oración del mundo de hoy.

«... debemos admitir que el mundo de hoy no reza con gusto, "no reza fácilmente; de ordinario no busca la oración, no la degusta, "frecuentemente no la quiere. Haced por vuestra propia cuenta el "análisis de las dificultades que hoy tratan de eliminar la oración. "La incapacidad: Donde no ha llegado una cierta instrucción religio- "sa es muy difícil que una oración pueda de suyo formularse: El "hombre, el muchacho, permanece mudo ante el misterio de Dios. "Y donde la creencia en Dios ha sido declarada vana, superflua, per- "judicial, ¿qué otras voces sustituyen a la oración? Y tras las insisten- "tes lecciones contra la espiritualidad, tanto la natural como la edu- "cada por la fe, lecciones de naturalismo, de secularismo, de paga- "nismo, de hedonismo, es decir, lecciones que benefician la deseada "aridez religiosa, de las que una parte muy importante de la pedago- "gía moderna ha salpicado el alma de las muchedumbres, saturadas

Fundación Speiro

"de materialismo, ¿cómo puede florecer en los corazones la poesía "de la oración?

". . . . . .

"Dos dificultades le serán hoy típicamente contrarias; una de "índole psicológica procedente de la abundancia, fantástica, profana "y desgraciadamente con mucha frecuencia saturada de sensualidad "y de libertinaje, profusión de imágenes sensibles, de las que los "modernos y por sí maravillosos instrumentos de comunicación social "llenan la psicología social; el ámbito de la experiencia sensible no "es, por sí, idóneo para la vida religiosa; puede servir de antecámara, "si está sabiamente unida a la destinada a la vida del espíritu y a la "reverencia de lo sagrado. La otra dificultad es el orgullo del hombre "que ha avanzado por los caminos de la ciencia y de la técnica, cier-"tamente maravillosas, pero también cargadas de la ilusión de la "autosuficiencia. La oración, verdaderamente, es un acto de humil-"dad, que exige una sabiduría superior, pero fácil de encontrar su "lógica justificación y su magnífica apología (cfr. S. Th., II-II, 82 m. "3 and 3).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 14 de febrero de 1973 (O. R. de 15 de febrero de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.631 del 24 de febrero).

La oración como encuentro y diálogo con Dios.

«La oración es un diálogo, una conversación con Dios. E inme-"diatamente vemos que la oración depende del sentido de presencia "de Dios, que conseguimos representar en nuestro espíritu, bien por "la contemplación de la naturaleza, bien por una cierta elaboración "conceptual, bien por un acto de fe: nuestra actitud es como la de "un ciego que no ve, pero que sabe tiene ante sí a un Ser real, per-"sonal, infinito, vivo, que observa, escucha y ama al que ora.

". . . . . .

"Entonces se inicia la conversación. Un Otro está aquí, y este "Otro es Dios. Si faltase la advertencia de que Uno, es decir, de que "El, Dios, está en cierta medida en comunicación con el hombre que "ora, éste se perdería en un monólogo, no tejería un diálogo; no se "trataría para él de un verdadero acto religioso, que exige que sea "entre dos, entre el hombre y Dios, sino de un monólogo, bello "acaso, superlativo a veces, como un supremo esfuerzo de volar hacia "un cielo opaco y sin límites, pero que clama y, en este caso, llora "con frecuencia en el vacío.

". . . . . .

Fundación Speiro

"No es así para nosotros, que sabemos que la oración, es decir, "el encuentro con Dios, es una comunicación posible y auténtica. "Ponemos esta afirmación entre las certezas indiscutibles de nuestra "concepción de la verdad, de la realidad en que vivimos. En términos "sencillos: La religión es posible; y la oración es, por excelencia, un "acto de religión (cfr. S. Th., II-II, 3). Hemos hablado de ello en "otra ocasión, hasta sacando la conclusión de que existe no un Dios "ausente e insensible, sino un Dios providencial, un Dios que cuida "de nosotros, un Dios que nos ama (cfr. I, Juan, 4, 10) y que, sobre "todo, espera de nosotros ser amado (cfr. Deut., 6, 5; Mat., 22, 37).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 14 de febrero de 1973 (O. R. de 15 de febrero de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.631 del 24 de febrero).

Nuestra comunicación con Dios ¿Qué es la gracia?

«... debemos recordar que nuestra verdadera, vital, indispensable, "comunicación con Dios no es solamente la comunicación natural, "conseguida con nuestros esfuerzos racionales o sentimentales, sino "que es la establecida por Jesucristo, justamente la del orden sobre-"natural, el orden de la gracia.

"¿Y qué es la gracia?

". . . . . .

"... es una intervención de su Amor, del Espíritu en el libre mo-"vimiento de nuestro ánimo; más aún misteriosamente lo previene "y lo suscita, sin descargarlo de su responsabilidad (cfr. Denz. Sch., "1.541).

"Es una cualidad del alma la gracia creada, infundida por Dios-"Amor, el Espíritu Santo, gracia increada; es la causa formal; inma-"nente de nuestra justificación (confróntese S. Th., I-II, 113, 8); es "nuestra elevación a la dignidad y a la existencia, aunque hombres "de este mundo, de hijos adoptivos de Dios, de hermanos de Cristo, "de tabernáculos del Espíritu Santo; es Dios que vive en nosotros; "es el contacto vivo con la vida divina; es, por tanto, nuestra unión "con la salvación en esta y en la otra vida. El estar o no estar en "gracia de Dios es cuestión de vida o muerte. Jamás habremos valo-"rado suficientemente la gracia de Dios; jamás habremos en vano "gastado estudio, esfuerzo, esperanza, alegría para tener la gracia "en la cúspide de nuestro espíritu. Es absolutamente necesario vivir "en gracia de Dios. ¿Vivimos así?

". . . . . .

Fundación Speiro

"Haremos bien si, ante la proximidad de la Cuaresma, fijamos "nuestra consideración, lo cual puede ser decisivo para nuestro des- "tino, en este problema de la gracia. No nos resultará pesado recurrir "a alguna sabia renuncia, a cierta «higiene espiritual para recuperar "y defender en nosotros el estado de gracia; y nos resultará casi con- "natural imprimir a nuestra vida un estilo moral firme y recto: ¿Puede "ser débil, ambiguo, versátil, libertino, uno que vive en sí el misterio "de la presencia divina, que es la gracia?»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 28 de febrero de 1973 (O. R. de 1 de marzo de 1973; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.633 del 10 de marzo).

Necesidad de renovación interior del hombre —"que de ordinario no se obtiene sino doblando la cabeza"—, que hoy "siente una profunda insatisfacción, exasperado por las falsas recetas de felicidad que le han exasperado".

«... se necesita poner en evidencia el concepto esencial del Año "Santo, que es la renovación interior del hombre. Del hombre que "piensa, y pensando ha perdido la certeza en la Verdad; del hombre "que trabaja, y trabajando se ha dado cuenta de no tener ya bastante "espacio para el propio coloquio personal; del hombre que goza y "se divierte, y tanto disfruta de los medios que existen para su gozosa "experiencia que se siente pronto anonadado y desilusionado de ella. "Es preciso rehacer al hombre desde dentro. Es lo que llama el Evan- "gelio conversión, penitencia, metanoia. Es el proceso de autorrena- "cimiento; simple como un acto de lúcida y amorosa conciencia, y "complejo como un largo aprendizaje pedagógico reformador. Es un "momento de gracia, que de ordinario no se obtiene, sino doblando "la cabeza.»

. . . . . .

«Y pensamos no equivocarnos descubriendo en el hombre de "hoy una profunda insatisfacción, una infelicidad exasperada por las "falsas recetas de felicidad que lo han intoxicado, un estupor por "no saber gozar de los miles placeres que la civilización abundan- "temente le ofrece. O sea, tiene necesidad de una renovación inte- "rior, como el Concilio ha deseado. Pero, a esta renovación personal, "interior y, además, en ciertos aspectos, exterior también, tiende pre- "cisamente el Año Santo.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 9 de mayo de 1973 (O. R. de 10 mayo 1973; original italiano, traducción de *Ecclesia* núm. 1.642 del 19 de mayo).

Fundación Speiro